



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 25 DE NOVIEMBRE DE 2018

Carlos Alejandro

A todo esfuerzo corresponde una recompensa

A la memoria de un querido tío de mis hijos (Olga de León).

A Víctor le llegó el momento de evaluar su vida profesional, las actividades que realizaba y los años gastados en canchas de fútbol dirigiendo equipos de segunda división. ¿Había aprendido algo de los últimos siete años de vida? Para aclararlo, decidió invitar a comer al directivo del equipo. Se reunieron en la zona de corporativos de la ciudad, en un restaurante de cortes argentinos que hacía alusión a Diego Armando Maradona, el astro mundial del fútbol. El directivo ordenó un vacío; el director técnico, entrañas. Recordaron los viejos tiempos cuando se conocieron en bachillerato.

“Pero volviendo a nuestro tema”, irrumpió el directivo, “tienes que darte la oportunidad de implementar las innovaciones estratégicas de las que me platicas, correr el riesgo de ser goleado; cuentas con mi apoyo”. Nada podía venirle mejor al director técnico de los Pavorreales de Saltillo. Llevaba siete años experimentando en jugadas de pizarra sin haber llevado sus estrategias al campo de juego.

Había un aire de inocencia en aquella plática. El dueño no necesitaba más al equipo y en sus adentros había pensado ya en venderlo. Así es que ahora estaba dándole una oportunidad a su viejo amigo de juventud, sin revelar toda la verdad.

Y Víctor, el director técnico de los Pavorreales, se encontraba en la situación de querer saber si sus últimos siete años de estudio de sistemas de fútbol habían redituado en algo, en alguna idea que pudiera repetirse con éxito y de forma novedosa en cada nuevo partido.

Lo que iba a ocurrir a continuación, jamás había pasado seriamente por la cabeza de ninguno de los dos. Que los Pavorreales llegarían a la primera división del fútbol mexicano durante la siguiente temporada, gracias a las estrategias con los laterales que introduciría Víctor en cada partido: Una estaca clavada en la cancha contraria.

Después de la hazaña, Víctor fue contratado por los Rayados del Monterrey como Director Técnico, y comenzó a buscar talentos. Ya para entonces se escuchaba de la fama del Tío Tony, un jugador de fútbol llanero que podía anotar noventa goles en una temporada del Río Santa Catarina; un talento natural, un centro delantero que les producía sudor seco a los equipos contrincantes. El caso llegó a oídos de Víctor y de la directiva de los Rayados, y le hicieron una oferta para integrarse al equipo.

El Tío Tony lo pensó dos veces. Deseaba concluir sus estudios de ingeniería civil, pero Roberto Hernández Jr. lo llamó a su programa “Fútbol al Día” para entrevistarlos en televisión. El Tío Tony, sin embargo, finalmente rechazó la oferta.



Pero luego de conocer personalmente a Víctor, mantuvieron una larga amistad. Varios años después, en una tarde de copas, Víctor le contó al Tío Tony que, como director técnico, se veía maniatado y no le quedaba más que respetar las jerarquías impuestas por la directiva. Si se había gastado mucho dinero en un jugador, tenía que emplearlo, meterlo a la cancha, incluso si eso significaba mantener en la banca a un mejor jugador cuya compra hubiese sido barata. Así funcionaban las cosas en el fútbol mexicano y en todo el mundo.

Nunca supe si mi Tío Tony alguna vez se arrepintió de haber rechazado la oferta para jugar en primera división. Pero sé que alguna vez llegó a desencantarse un poco de su profesión como ingeniero civil, sobre todo cuando le tocó trabajar en Petróleos Mexicanos y le hacían firmar como si recibiera varilla y cemento, que en realidad no existían, pero que supuestamente habían sido utilizados en una obra. Curiosamente, yo llegué a desencantarme de mi propia profesión luego de concluir el primer año del doctorado en la Universidad de Harvard, y fue cuando lo visité en Nuevo Laredo. Tomamos cervezas toda la noche, hasta el amanecer.

Había sido a inicios de los años ochenta del siglo pasado, cuando yo tenía algunos siete u ocho años, que el tío Tony pasaba por los sobrinos a las siete de la mañana en su camioneta de caja y no llevaba a las canchas del río para verlo meter cinco o seis goles contra el equipo contrincante, en un partido en el que el esfuerzo del otro equipo era, como ya dije, simplemente: sudor seco. Él arremetía contra el contrario y nadie

tenía nada que hacer contra ello.

Fueron décadas después, en un caluroso verano en Nuevo Laredo, cuando yo regresé desanimado del primer año del doctorado en Harvard. Luego de haber consumido algunas cervezas, a media noche y con el permiso de la Tía Tey, me llevó a la zona de tolerancia de Nuevo Laredo,

Se trataba de un área grande de terracería por donde los autos circulaban de ida y vuelta, en cuadras gigantes donde prostitutas y travestis permanecían parados en la puerta de sus cuartos y tejavanos, mirando los automóviles o platicando entre ellas. Adentro de la zona, también había bares donde podía platicarse con las mujeres. La cerveza, el condón, el cuarto y la muchacha... costaban. Pero no había bailarinas, ni prostitutas delgadas, ni jóvenes. Los masajes sin sexo también se ofrecían. Tomamos unas cervezas por un par de horas y decidimos regresar al patio de su casa, de donde habíamos salido. Allí fue donde amanecimos.

Entonces, el Tío Tony me contó de cómo el futbolista mexicano Hugo Sánchez gastaba, durante su juventud, todo su tiempo libre entrenando los tiros de penales, mientras sus amigos se divertían, y me dijo algo que salió de la profundidad de su experiencia, como si se lo hubiera grabado con la tinta de la prensa de un periódico: “A todo esfuerzo corresponde una recompensa”. Y entonces me contó las historias personales que lo hicieron aprender la lección. Luego de su plática, decidí regresar a Harvard a continuar con el doctorado.

Poco a poco y por muchos años, el Tío Tony se fue volviendo figura de culto

venerada por los sobrinos. Quizás lo más sorprendente haya sido su vida. La caída de una cascada de agua, un enorme circo lleno de aplausos y sonrisas, una tempestad de papel y vías de ferrocarril, unos zapatos rotos. Máquinas que traen, y se llevan, la buena suerte. Una telenovela escondida bajo el brazo. Un zarpaño al aire y decenas de trofeos de los campeonatos de goleo en el fútbol. Playeras, tachones y un balón.

Víctor en realidad no existió, ni tampoco los Pavorreales de Saltillo. Tal vez haya sido el entrenador Carlos Miloc quien, años después, le contara al Tío Tony sus anécdotas de primera división, las que el Tío Tony no vivió por concluir su carrera de ingeniería civil.

En casa de los Tíos Tey y Tony había un órgano Yamaha de dos teclados. Ellos vivían, entonces, en la parte de arriba de la casa de la abuela, a donde yo, a veces, llegaba para quedarme un fin de semana cuando cursaba la secundaria. Llevaba mi guitarra y las ganas de jugar Atari, el nuevo juego adquirido por los Tíos, siempre adorados por los sobrinos.

De infancia, recuerdo con cariño las salidas en fin de semana con los Tíos y las Primas: podían ser al nuevo circo recién instalado en el Río Santa Catarina de Monterrey, o simplemente de compras al súper, o quizás a cenar pollo rostizado cuando los visitaba, ya ellos viviendo en Nuevo Laredo. Alguna vez quisimos pasar al otro lado, yo con mi visa de estudiante, como si fuera un turista de unas horas; pero no pudimos. Recuerdo también las interminables noches de plática en la cocina de su casa, con cervezas y algo de botana.

Esos amaneceres eran como un leve aterrizaje sobre el mar. Durante el día, mientras yo dormía, se mantenía encendido el minisplit en la recámara mientras afuera la casa ardía con el calor del verano. Y al despertar, nuevamente había tema para la plática de la nueva noche. Eran dos o tres días de visita.

En el camino de regreso a Monterrey en autobús, yo continuaba con mis lecturas literarias bajo la lámpara de luz del camión: Dublineses de James Joyce, o los Funerales de la Mamá Grande de Gabriel García Márquez.

Los sobrinos recordamos las bellas tardes de hacer sonar las cazuelas o sartenes, para exigir la cena. Exigencia en la que la misma tía Tey participaba con un sartén y cucharón; eran tardes de escuchar un L. P. de Michael Jackson en la consola. Las cumbias, los mundiales de fútbol y el chiquitibum a la bim bom ba, también entraban en el repertorio de las vacaciones de verano, mías y de mi hermana, de al menos una semana. Una canción de Juan Gabriel... Y recuerdo que nunca, al menos a mí, el Tío Tony me dejó ganarle al ajedrez.

Ahora desde donde esté, nos seguirá cuidando a la distancia, y estará enseñando fútbol a los chiquillos, y retando al ajedrez a los adolescentes.



Diego Rivera

(Guanajuato, 1886 - Ciudad de México, 1957) Muralista mexicano. Formado en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos de la capital mexicana, a la que se había trasladado con su familia a los seis años de edad, Diego Rivera estudió luego por espacio de quince años (1907-1922) en varios países de Europa (en especial, España, Francia e Italia), donde se interesó por el arte de vanguardia y abandonó el academicismo. Las obras de este período reflejan, por un lado, un acusado interés por el cubismo sintético de Juan Gris (El guerrillero, 1915), asumido en su etapa parisina, y por otro una gran admiración por los fresquistas italianos del Quattrocento (y en especial, por Giotto), lo que motivó su alejamiento de la estética cubista anterior.

Identificado con los ideales revolucionarios de su patria, Rivera volvió desde tierras italianas a México (1922), en un momento en que la revolución parecía consolidada. Junto con David Alfaro Siqueiros se dedicó a estudiar en profundidad las formas primitivas del arte azteca y de la cultura maya, que influirían de manera significativa en su obra posterior. En colaboración con otros destacados artistas mexicanos del momento (como el propio Siqueiros y José Clemente Orozco), fundó el sindicato de pintores, del que surgiría el movimiento muralista mexicano, de profunda raíz indígena.

Durante la década de los años 20 recibió numerosos encargos del gobierno de su país para realizar grandes composiciones murales; en ellas, Rivera abandonó las corrientes artísticas del momento para crear un estilo nacional que reflejara la historia del pueblo mexicano, desde la época precolombina hasta la Revolución, con escenas de un realismo vigoroso y popular, y de colores vivos. En este sentido son famosas, por ejemplo, las escenas que evocan la presencia de Hernán Cortés en tierras mexicanas.

La obra de Diego Rivera (y la del movimiento muralista como arte nacional) alcanzó su madurez artística entre 1923 y 1928, cuando realizó los frescos de la Secretaría de Educación Pública, en Ciudad de México, y los de la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo.

Pero donde verdaderamente Rivera creó una imagen visual de la identidad mexicana moderna fue en los frescos que, a partir de 1929, pintó en el Palacio Nacional de México. La narración, que ilustra la historia del país desde la época precolombina, ocupa las tres paredes que se localizan frente a la escalinata principal del edificio.

Visitó la Unión Soviética en 1927-28, y, de nuevo en México, se casó con la pintora Frida Kahlo, que había sido su modelo.

El pintor mexicano legó a su país sus obras y colecciones: donó al pueblo un edificio construido por él, la Casa-Museo Anahuacalli, donde se conservan sus colecciones de arte precolombino, y su casa en México D.F. fue convertida en el Museo Estudio Diego Rivera

ad pedem literae

“La paciencia es amarga, pero sus frutos son dulces.”

Jean Jacques Rousseau

Letras de buen humor

“Si no estudias teología, esto no querrá decir que no tengas ideas acerca de Dios, sino que tendrás muchas equivocadas.”

Clive Staples Lewis

Emilio Lezama

El imperio de Fernando del Paso

un personaje histórico sino de un personaje literario; así llegué yo, en busca de un lenguaje; ávido de encontrar en sus salones y recámaras las palabras con las que sólo Fernando del Paso pudo escribir. Con toda su majestuosidad, el castillo del archiduque es mínimo cuando se le compara con el castillo de lenguaje con el que Fernando del Paso construyó ese mismo castillo en su famosa novela.

Quizás no soy el primer turista literario que llega a Trieste; una estatua en su plaza central recuerda que el autor irlandés James Joyce vivió en esos mismos sitios. Algo tiene la ciudad que sin duda se refleja en la complejidad lingüística de los escritores que han pasado por ahí; como mucha de la obra de Fernando del Paso, “Noticias del Imperio” sucede en la lengua y en el relato al mismo tiempo. Pocos autores han llegado a una descripción tan meticulosa de sus sujetos históricos como él -Maximiliano y Carlota reviven con toda su fastuosidad en las páginas de la novela- pero no hay que equivocarse, el personaje principal de Del Paso siempre es el lenguaje, y es éste el que se desarrolla a lo largo de sus páginas.

Conocer Trieste y su castillo de Miramar valió la pena pero no es lo que



más le agradezco a Fernando del Paso. Su obra maestra es menos conocida, tanto así que se encuentra fuera de circulación en México. En 1991, mientras

vivía en París, del Paso escribió un libro sobre la cocina mexicana con su esposa Socorro. El concepto era sencillo, Socorro escribiría recetas de cocina mexicana que pudieran hacerse con los ingredientes disponibles en París, y Fernando escribiría un ensayo sobre la gastronomía mexicana. Las recetas de Socorro fueron esenciales para mi nostálgico paladar los años que estudié en Francia, pero el ensayo de Fernando del Paso es mi referencia obligada cuando hablo de cocina mexicana con extranjeros; ningún chef mexicano debería permitirse una estufa sin antes haber leído esta obra maestra.

Si alguien dudaba del valor del literario del género de los recetarios, este libro reivindica aquella literatura que suele acabar manchada de yemas de huevo y epazote. “La cocina Mexicana”, como sencillamente se llama el libro, es posiblemente el recetario mejor escrito de la historia latinoamericana.

Los libros te hacen viajar; a veces el viaje es literal a veces es metafísico. Del Paso es un experto en ambos tipos de viaje; la historia mexicana nunca ha vestido tanta gala como en las páginas de “Noticias del Imperio”. Pero también a veces, los libros te hacen cocinar; Del Paso es uno de esos raros seres universales que te hace pasar de la cocina a un castillo con unas pocas, pero bien adornadas, palabras. El castillo de Miramar protegió a Maximiliano de los fuertes vientos del Adriático; el castillo lingüístico de del Paso lo protegerá del olvido de la historia. Ahí entre las páginas de uno de los mejores escritores que México ha dado, Maximiliano vivirá mucho más cómodo y relevante que entre los muros de su castillo italiano.

Los libros te hacen viajar. En mi caso fue literal. Hay pocos lugares que los turistas no visitan en Italia, Trieste es uno de ellos. Anclada en una esquina del Adriático, la ciudad es una oda a la arquitectura fascista. Quizás la atracción más famosa de este puerto son las cadenas de acero que salen de sus banquetas para que la gente se agarre cuando llega el viento que los italianos llaman “la bora”. En Trieste el viento es tan potente que las cadenas son la única forma de evitar que un aire “te lleve”. Paradojas de la historia; Trieste, la ciudad donde Maximiliano vivió, es uno de los pocos lugares del mundo donde a Juárez el viento no le hubiera hecho “lo que el viento a Juárez”.

Aun así, detrás de esta aparente sobriedad cultural, Trieste esconde un secreto. El castillo de Miramar se asoma de entre el Adriático como un pequeño diente blanco en la boca de la montaña. El castillo fue construido por un tal Maximiliano de Habsburgo como una oda a su curiosidad infinita; rodeado de un jardín botánico con árboles que mandó a traer de África y Brasil, con una esfinge egipcia al borde del mar y un diseño interior inspirado en los camarotes de un barco. Miramar es un popurri de los amplios intereses del otrora emperador mexicano.

Desde que Fernando del Paso publicó la majestuosa “Noticias del Imperio”, Maximiliano dejó de ser el personaje ingenio o malvado que habita nuestros libros de historia. “Noticias del Imperio” reivindica la compleja historia del archiduque porque lo convierte en un personaje no de la historia sino de la lengua. Ir a Miramar no es ir en busca de